

La elección de 2010 en Chile Una aproximación desde la cultura política

RESUMEN

La elección presidencial chilena de 2010 se caracterizó por la alternancia partidista e ideológica que puso fin a 20 años de gobierno concertacionista y que significó la llegada de un partido de derecha al poder por primera vez desde la transición. La trascendencia de este suceso no debe escapar al análisis de los fenómenos políticos contemporáneos, de ahí la necesidad de ofrecer explicaciones que nos ayuden a comprender las razones que le preceden. Si bien los argumentos pueden ser muchos y darse desde diferentes perspectivas, el propósito del presente trabajo es explicar el comportamiento electoral chileno desde el enfoque de la cultura política. Para ello se consideran las orientaciones evaluativas y afectivas que la sociedad chilena mantiene hacia la democracia y sus instituciones como los elementos explicativos del voto en las elecciones de 2010. En este sentido, se cree que elementos como el hartazgo a los partidos, la creciente desconfianza hacia ellos y la debilitación del vínculo con la sociedad han modificado los esquemas tradicionales del voto partidista e ideológico en Chile por un voto desviado y personalista.

PALABRAS CLAVE: CHILE, ELECCIONES, CULTURA POLÍTICA, COMPORTAMIENTO ELECTORAL, VOTO.

ABSTRACT

The Chilean presidential election on 2010 was characterized by a change of the party in government and the ideological shift to the right. The arrival of a right-wing party to power, for the first time since the transition, ended almost 20 years of concertationist government. The present paper accounts for such important changes, and even though there are many explanations to this single event, the main purpose is to make an approach to the Chilean 2010 election from a political culture perspective. The paper takes into account the evaluative and affective orientations that Chilean society maintains toward democracy and its institutions as the main elements that explain the vote in 2010 elections. Therefore, we think that the fatigue from the political parties, the mistrust toward them and the weak linkage between them and society have changed the traditional schemes of vote that used to give preference to parties and ideologies, to a type of voting that puts more attention on personal characteristics of the candidates and a voting that represents a non-ideological decision.

KEYWORDS: CHILE, ELECTIONS, POLITICAL CULTURE, ELECTORAL BEHAVIOR, VOTE.

LA ELECCIÓN DE 2010 EN CHILE

UNA APROXIMACIÓN DESDE LA CULTURA POLÍTICA

MARÍA BEGOÑA GERLING SARABIA¹

El presente trabajo revisa las elecciones presidenciales de Chile en 2010 que culminaron con la victoria de la derecha y la derrota de la Concertación –la coalición de centro-izquierda que gobernaba desde la transición democrática de los años 90–. Dado que las explicaciones a este giro son muchas y pueden hacerse desde diferentes enfoques, el presente análisis se restringe a dar una interpretación del voto chileno desde una perspectiva conductista de la ciencia política: la cultura política.

En razón de esto, el trabajo se estructura en un primer apartado que hace un acercamiento teórico-metodológico referente al encuadramiento que tiene el enfoque de la cultura política dentro de la teoría del comportamiento electoral, así como la exposición de nuestra hipótesis de investigación y las variables que componen nuestro estudio. En un segundo apartado se ofrece una introducción al tema de la democracia y las elecciones en Chile, además de una breve contextualización de las elecciones presidenciales de 2010 y sus resultados. Posteriormente, el tercer apartado se dedica al análisis de las variables que conforman el estudio. En último momento se exponen las conclusiones en un intento por responder a la pregunta central de por qué se votó así.

ACERCAMIENTO TEÓRICO-METODOLÓGICO

Parte importante del estudio de los sistemas políticos contemporáneos es la explicación y comprensión de la forma en que las personas votan, de ahí que una pregunta frecuente en la ciencia política contemporánea sea la de por qué se votó de tal o cual manera y qué factores pudieron haber incidido en la dirección del voto. Debido a esto, señala Peschard, existen continuamente esfuerzos por explicar el comportamiento electoral buscando siempre identificar aquella variable o variables que resulten ser las determinantes de la decisión tomada por el elector

¹ Estudiante de la licenciatura en Relaciones Internacionales, El Colegio de San Luis.

(Peschard 2000: 68). Es así que en el presente estudio se explora a la cultura política como una variable explicativa del voto chileno que resultó en la alternancia tanto partidista como ideológica.

La cultura política y el comportamiento electoral

El estudio de la cultura política se ubica dentro de la perspectiva culturalista de la política comparada. Esta perspectiva se caracteriza por poner el acento en la cultura como elemento central en la explicación de los fenómenos políticos. Como señala Peschard, se trata de un “concepto enlace” que surge de las orientaciones individuales sobre la política y se manifiesta exteriormente en las conductas o comportamientos políticos (Peschard 1994: 13).

Gabriel Almond y Sidney Verba, en su obra *The Civic Culture*, de 1963, elaboraron el primer estudio empírico que ponía a la cultura en primer plano para la explicación de los fenómenos políticos. En esta obra, los autores buscaron identificar los valores culturales que favorecían el desarrollo y la consolidación de la democracia. Para estos autores, la cultura política se definía como “las orientaciones específicamente políticas, posturas relativas al sistema político y sus diferentes elementos, así como actitudes relacionadas con la función de uno mismo en dicho sistema” (Almond y Verba 1989: 12).

Posterior a esto, los estudios que siguieron la misma línea de análisis continuaron apoyándose en la creencia de que es la cultura política la que afecta la conducta política de los individuos (Bobes 2000: 126). Sin embargo, en los años siguientes la obra de *The Civic Culture* fue foco de extensas críticas por parte de otros enfoques y escuelas, en especial por el enfoque interpretativo de la cultura política.² A raíz de esto, los mismos autores Almond y Verba sometieron su paradigma a revisión con la publicación de la obra *The Civic Culture Revisited* en 1980. Pero si bien los autores reconocieron algunas limitaciones de su estudio previo, se mantuvo en el centro del análisis a los elementos actitudinales y de creencias y valores de la propuesta inicial (Bobes 2000: 127).

² Heras Gómez explica que han sido dos las corrientes más importantes que analizan la cultura política: la corriente behaviorista (o conductista) y la interpretativa (en términos de investigación, se habla del uso comparativo y el uso sociológico de la cultura política). La principal diferencia entre ambas corrientes descansa en el uso que se le da a cada una: mientras que la corriente behaviorista se ocupa de estudiar el comportamiento de los individuos frente a la estructura y los procesos políticos en distintos tipos de regímenes y a lo largo del tiempo (y por lo tanto sus resultados son objeto de comparación), en la corriente interpretativa la comparación no puede darse debido al grado de profundidad y detalle que pretende alcanzarse (Heras Gómez 2002: 279).

El nuevo impulso que recibe el estudio de la cultura política en los años 80 permite una mayor flexibilización en el uso y la aplicación de enfoques diversos. Una de las nuevas perspectivas que se proponen, explica Bobes, son aquellas que identifican a la cultura política “como una variable contextual que afecta tanto las percepciones del sistema político como las subsecuentes decisiones de los ciudadanos acerca de la extensión y las formas de su participación en el sistema político” (Bobes 2000: 127), entre las cuales se puede identificar al voto como una de las más relevantes.

Así las cosas, la cultura política “influye en las modalidades de la actuación del comportamiento político” (Peschard 1994: 12). Siendo así que la relación entre cultura política y comportamiento político sea que el segundo es expresión objetiva de la primera (Peschard 1994: 12). En todo caso, esto significa que el comportamiento político del individuo se verá influido en cierta medida por su cultura política, y que el nivel de información política que tengan los electores más los vínculos afectivos con sus sistema político y la valoración o juicio que hacen del mismo sean los tres ejes a partir de los cuales se constituyen las culturas políticas que se traducen en un comportamiento político específico (Peschard 2000: 71).

Es así que nos encontramos con que la cultura política ocupa un lugar importante en los estudios del comportamiento político y en específico el comportamiento electoral. El comportamiento político se refiere a “la manera en la cual los ciudadanos se conducen en sus relaciones con el sistema político” (Anduiza y Bosch 2004: 16) y se concreta en la participación política de los ciudadanos, que es “la acción dirigida a influir en el proceso político y sus resultados” (Anduiza y Bosch 2004: 26). Una de estas acciones es el voto, al que se concibe como la modalidad de participación más importante en su conjunto (Uriarte 2008: 222). Por tanto, se entiende que el comportamiento electoral es una esfera particular del comportamiento político, y que se refiere a aquella conducta que vincula a la sociedad con el Estado y que se manifiesta a través del voto (Peschard 2000: 68).

En el entendido de que el comportamiento electoral no es un fenómeno aislado, se reconoce la existencia de múltiples factores que inciden en su formación, entre los cuales se pueden encontrar factores de corto y largo plazo (Peschard 2000: 68). Los primeros se consideran de orden coyuntural y se refieren a todos aquellos elementos como la evaluación del gobierno anterior, la oferta política y la personalidad de los candidatos, los tipos de campaña política que llevan a cabo, entre otros. Por otro lado, los factores de largo plazo suelen ser más estables en el tiempo y se relacionan con cuestiones de tipo jurídico, socioeconómico, demográfico o cultural. En estos

últimos, se suele llamar la atención sobre las identidades partidarias, ideológicas o programáticas y la implantación de los partidos en la sociedad.

Como se explicó más arriba, los diferentes estudios sobre el comportamiento electoral han buscado siempre la identificación de la variable que explique mejor la decisión del voto, lo cual ha dado lugar a tres grandes escuelas: la sociológica, la psicológica y la racional. El enfoque sociológico suele centrarse en las características sociodemográficas y económicas como aquellas que mejor explican el origen del voto. El segundo enfoque, el psicológico, considera las actitudes, los sistemas de valores y lazos afectivos como las variables más explicativas del comportamiento electoral de los individuos. Y por último, el enfoque racional, en donde el voto se considera como la expresión de un cálculo de la utilidad por parte del elector.

En vista de lo anterior, el siguiente estudio se coloca dentro de la escuela psicológica, cuyos fundamentos se han basado en los trabajos realizados por la Escuela de Michigan en la década de los años 50. Como lo explica Sulmont Haak, el supuesto básico de dicho enfoque es que son los “mapas” o “atajos” cognitivos los que “orientan el comportamiento electoral (la decisión de votar por tal o cual candidato) y se originan a partir de los mecanismos de identificación partidaria” (Sulmont Haak 2010: 3). En este sentido, explica Peschard, para la escuela psicológica eran las condiciones, creencias y valores que los individuos tenían de la política y la forma como se concebían a sí mismos dentro de los sistemas políticos los que condicionaban su comportamiento político-electoral” (Peschard 2000: 71).

A partir de esta relación de ideas es posible trazar una línea entre la relación de la cultura política con el comportamiento político de los individuos y su capacidad de explicar el voto en cuanto expresión concreta de dicho comportamiento. De lo anterior se desprende la pregunta central de nuestro análisis: ¿por qué se votó así en Chile?, cuya respuesta se construirá a partir de algunos elementos del modelo propuesto por Almond y Verba que se explicarán en el siguiente apartado.

Aclaraciones metodológicas

Los autores de *The Civic Culture* (1963) plantearon una fórmula de clasificación de las culturas políticas nacionales en una matriz que vincula dos elementos: las orientaciones hacia la política y los objetos políticos hacia los que se dirigen dichas orientaciones. La orientación, explican Almond y Verba, se refiere a los aspectos internalizados de objetos y relaciones. La puede haber de tres tipos: 1) la “orientación cognitiva”, los conocimientos y creencias acerca del sistema político; 2) la

“orientación afectiva”, los sentimientos hacia el sistema político, sus funciones, integrantes y logros; y 3) la “orientación evaluativa”, los juicios y opiniones de los objetos políticos (Almond y Verba 1989: 14).

El segundo elemento de la matriz, los objetos de orientación política, se clasifican en dos grandes grupos: 1) las orientaciones hacia el sistema político como un todo, incluyendo las estructuras (gobierno, tribunales, legislaturas, partidos políticos), los titulares de roles (dirigentes, funcionarios, legisladores, candidatos) y las decisiones (políticas públicas); y 2) las orientaciones hacia uno mismo como actor político (Almond y Verba 1989: 14). La matriz elaborada por Almond y Verba permitió la clasificación de las culturas políticas en tres grandes tipos: la cultura parroquial, la cultura de súbdito y la cultura participativa.

Ahora bien, más que apoyarnos en la clasificación que dichos autores hacen de los distintos tipos de cultura cívica-política, se retoma solamente el marco de análisis que proponen y se utiliza como punto de partida para entender el caso chileno que a nosotros nos ocupa. Cabe mencionar que el modelo propuesto por Almond y Verba en 1963 fue “el comienzo de una metodología de investigación en el ámbito de la ciencia política, en particular el desarrollo de la técnica de encuestas” (Heras Gómez 2002: 278). Hoy en día, la técnica de la aplicación de encuestas se ha perfeccionado y es ampliamente aceptada como una fuente de información de suma importancia.

A partir del modelo de Almond y Verba, la cultura política se puede explicar teniendo en cuenta tres variables: la cognoscitiva, la evaluativa y la afectiva. Dado que los datos de los que se dispone son limitados, para el presente análisis se tomarán en cuenta solo dos de ellas: la orientación evaluativa (los juicios y opiniones) y la orientación afectiva (los sentimientos). Los autores también distinguen que tales orientaciones pueden estar dirigidas hacia dos objetos: el sistema político y el individuo mismo. Para el análisis nos concentraremos en el primero, el sistema político y sus componentes, tomando en cuenta a un elemento en particular: los partidos políticos.

De lo anterior se resume que nuestras variables explicativas de la elección chilena son dos: la orientación evaluativa (en adelante, OE) y la orientación afectiva (OA); ambas, con los partidos políticos como objeto. Para conocer la OE se utilizarán tres indicadores: a) la aprobación de los partidos políticos; b) su necesidad para el funcionamiento de la democracia; y c) su capacidad de representación. Con esta variable, se intentará determinar si la evaluación de los partidos es positiva o negativa. Por otro lado, la OA considerará: a) la confianza en los partidos políticos; b) la

simpatía hacia ellos; y c) la identificación partidista de los individuos. Esta segunda variable nos ayudará a conocer si existe en Chile apego o rechazo a los partidos.

Al análisis se incorporará una variable interviniente:³ la identificación ideológica. Con esto, se busca explicar la identificación en la escala izquierda-derecha que hacen los individuos de los partidos políticos, de los candidatos y de sí mismos, para conocer más a profundidad la manera en que se dio el voto chileno. En otras palabras, la finalidad de esta variable es complementar la explicación primaria de por qué se votó así.

En última instancia, se establece como hipótesis que la evaluación negativa de los partidos políticos y el desapego hacia ellos posibilita la existencia de un voto personalista y desviado, como se cree ocurrió en el caso chileno. Para el caso, se entiende por voto personalista aquel que se basa en las características personales de los candidatos más que en los intereses programáticos o ideológicos (Mainwaring y Torcal 2005: 161); y por voto desviado aquel que va en contra de lo que prevían los valores políticos del elector (Anduiza y Bosch 2004: 282).

DEMOCRACIA Y ELECCIONES EN CHILE

La transición democrática chilena ha sido considerada como modelo debido a su estabilidad política y al crecimiento económico que ha logrado el país. No obstante, como señala José Antonio Garretón, la transición chilena se ha visto impregnada por déficits que han derivado en problemas en su calidad de la democracia. Estos déficits han contribuido, según el autor, “a una creciente insatisfacción con el resultado de las democratizaciones, y de ahí a una desvalorización, más que de la democracia, de la política misma y de sus agentes y actores” (Garretón 2004: 181). Esta insatisfacción con los resultados de la democratización ha sido muy bien documentada en el caso chileno. Los datos que se presentan a continuación pretenden aclarar la situación actual de la democracia en Chile en dos cuestiones fundamentales:⁴ 1) el apoyo a la democracia y 2) la satisfacción con esta forma de gobierno.

³ Por variable interviniente entendemos aquella que puede modificar a las otras variables por tener una incidencia importante en el contexto que se estudia.

⁴ Según se explica en el Latinobarómetro 2009, no se ha desarrollado aún una teoría para medir empíricamente el apoyo a regímenes democráticos. El sustituto han sido los estudios de opinión que incluyen diversos aspectos del apoyo de los ciudadanos a la democracia (Latinobarómetro 2009: 17). Por otra parte, cabe mencionar que mientras el apoyo a la democracia es un indicador del tipo de régimen, la satisfacción con la democracia es un indicador de desempeño.

La encuesta del Latinobarómetro de 2009 arrojó que un 59%⁵ de los chilenos apoyaba la democracia, al estar de acuerdo con que esta era preferible a cualquier otra forma de gobierno. De toda América Latina, Chile ocupó el noveno lugar de los 18 países tomados en cuenta. Los resultados, como se puede observar, no son los mejores, sobre todo al compararlo con países como Uruguay, que tuvo un 79%; y Costa Rica, con 74% (Latinobarómetro 2009). Como señalan Huneus y Maldonado en su análisis del apoyo a la democracia chilena a lo largo del periodo de transición, Chile ha tenido un “apoyo modesto” a la democracia “pese a los buenos indicadores económicos que se dieron durante buena parte de los años noventa” (Huneus y Maldonado 2003: 9).

En cuanto al segundo aspecto de satisfacción con la democracia, los mismos autores ubican a Chile entre los países con bajo grado de satisfacción (Huneus y Maldonado 2003: 25). Según el Latinobarómetro, en 2009 el 53% de los ciudadanos dijeron estar satisfechos con la democracia. Y aunque Chile se ubicó en el sexto lugar de América Latina, está aún muy lejos de Uruguay, que obtuvo el primer puesto con 76% de satisfacción (Latinobarómetro 2009: 37).

No cabe duda de que el apoyo y la satisfacción con la democracia no han sido los más fuertes en Chile. Según lo hace ver Morales Quiroga, la democracia chilena presenta “síntomas preocupantes”: altos niveles de no inscripción en los registros electorales, baja confianza en las instituciones democráticas en su conjunto y baja satisfacción con el régimen (Morales Quiroga 2008: 162). Aunque, para autores como Angell, los síntomas chilenos no son preocupantes si se comparan con los cambios acaecidos en el ámbito mundial, en donde el fenómeno como la *desafección* partidista y el desalineamiento son cada vez más comunes, y reconocen que esos sí poseen un importante poder explicativo de las actitudes hacia el sistema (Angell 2006: 187-196). Así pues, se acepta de una u otra forma la relevancia que dichas percepciones tienen para entender la realidad de Chile.

La elección de 2010, contexto y resultados

El sistema electoral chileno se ha caracterizado por sus efectos sobre el sistema de partidos y la competencia electoral. Con el fin de asegurar un amplio apoyo para el

⁵ La pregunta realizada fue: “¿Con cuál de las siguientes frases está Ud. más de acuerdo?” Y las opciones: “a) La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno; b) En algunas circunstancias, un gobierno autoritario puede ser preferible a uno democrático, y c) A la gente como uno nos da lo mismo un régimen democrático que uno no democrático” (Latinobarómetro 2009).

presidente electo, el sistema electoral chileno establece la segunda vuelta o *ballotage* en el caso de que ninguno de los candidatos haya obtenido al menos el 50% de los votos válidos emitidos.⁶ Como consecuencia de la segunda vuelta, el sistema de partidos chileno se ha envuelto en una dinámica de competencia “pseudobipartidista” (Alcántara y Ruiz 2006: 25) entre dos grandes coaliciones: la Concertación,⁷ conformada por los partidos políticos que se oponían a la dictadura y heredera del “No” del plebiscito de 1989; y la Alianza por Chile,⁸ que reagrupa a las fuerzas de derecha.

Debido al gran apoyo que logró reunir la Concertación tras la transición, las primeras dos elecciones presidenciales no recurrieron a la segunda vuelta, pues tanto Patricio Alwyn (1990-1994) como Eduardo Frei Ruiz-Tagle (1994-1999), del Partido Demócrata Cristiano, lograron la mayoría en la primera ronda. En contraste, las tres últimas elecciones presidenciales han puesto en evidencia una mayor competitividad entre las coaliciones. En la elección presidencial de 1999, el candidato de Concertación, Ricardo Lagos, del Partido por la Democracia, obtuvo el 47.96% de los votos, mientras que su contrincante, Joaquín Lavín, de la Alianza por Chile, obtuvo el 47.52% de los votos; una diferencia de solo 31 142 votos. En la segunda vuelta, Lagos logró la victoria con el 51.31% de los votos, contra 48.69% de Lavín. Para la elección de 2005, Alianza por Chile daba algunas señales de agotamiento,⁹ lo cual quedó demostrado tras la candidatura dividida de Sebastián Piñera (Renovación Nacional) y de Joaquín Lavín (Unión Democrática Independiente). Mientras tanto, Concertación propuso como candidata a Michelle Bachellet, del Partido Socialista. Tanto Piñera como Bachellet fueron los más votados pero ninguno obtuvo la mayoría necesaria. Finalmente, Piñera y Bachellet se enfrentaron en segunda vuelta, en la cual resultó ganadora esta última con el 53.49% de los votos, contra el 46.5 % de su contrincante.

La elección de 2010 marcó un cambio significativo en la vida política del país por dos razones en particular: la primera, por haber puesto fin al gobierno de 20 años de la Concertación, coalición de partidos políticos de centro-izquierda que

⁶ Según reconocen Alcántara y Ruiz, entre los efectos que pueden provocar las segundas vueltas están el incremento de las alianzas (formales o informales) multipartidistas alrededor de un candidato y el aumento de la personalización de la política (Alcántara y Ruiz 2006: 22).

⁷ Los partidos políticos principales que componen a la Concertación son el Partido Demócrata Cristiano (PDC), el Partido Socialista (PS), el Partido por la Democracia (PPD) y el Partido Radical Social Demócrata (PRSD).

⁸ Reúne a los dos partidos de derecha: la Unión Democrática Independiente (UDI) y Renovación Nacional (RN).

⁹ Según explican Alcántara y Ruiz, tanto RN como la UDI mantenían acuerdos en materia de política económica y social, así como en temas de valores, pero existían diferencias en temas del eje autoritarismo/democracia (Alcántara y Ruiz 2006: 31-32).

gobernaba el país desde la caída de la dictadura; y, la segunda, porque significó la llegada de un candidato de derecha a la presidencia –por la vía electoral– después de 52 años. Una característica singular de estas elecciones fue la importante aceptación de la presidenta saliente, Michelle Bachelet, quien recibió un 78% de aprobación de su gobierno (CEP 2009), el más alto de todos los gobiernos de la transición. No obstante, el partido oficial de la Concertación no contaba con el mismo apoyo entre el electorado. El agotamiento, el desgaste político y la incapacidad de renovación de su cúpula dirigente fueron algunos factores que incidieron en su derrota. Además, la imposición desde las cúpulas partidistas del socialdemócrata Eduardo Frei como candidato único (Pachano 2010) provocó el rechazo del electorado. Al igual del desgaste sufrido por Alianza por Chile años atrás, la Concertación debió procesar igualmente crisis internas, originadas sobre todo por diferencias programáticas entre los partidos y por los fuertes liderazgos (Alcántara y Ruiz 2006: 32).

Pero fue la candidatura del socialista Marco Enríquez-Ominami lo que cambió por completo la suerte de Concertación. La propuesta del joven candidato ganó rápidamente la simpatía de la gente, y alcanzó 14% del apoyo del electorado pocos meses antes de la primera vuelta presidencial (CEP 2009). En la opinión de muchos, la candidatura de Enríquez-Ominami restó votos al candidato oficialista al dividir el voto de centro-izquierda, tal como ocurría cinco años atrás con la doble candidatura de la derecha Piñera-Lavín.

Como último punto, la candidatura del empresario Sebastián Piñera, por la Alianza por Chile, representaba para el electorado la opción del cambio tras los 20 años de gobierno de Concertación. Piñera logró dar una imagen de “nueva derecha” sin los vínculos con el pasado pinochetista que antes se le atribuían a su partido¹⁰ (Pachano 2010). Además, era ya conocido por haberse enfrentado a Bachelet en la segunda vuelta cinco años atrás y haber obtenido un número importante de votos.

La distribución del voto en la primera ronda electoral demostró el efecto de la candidatura de Enríquez-Ominami sobre la candidatura oficialista de Frei, al obtener el primero 20.13% y el segundo 29.60%. Mientras tanto, Piñera obtuvo el 44.05% de la votación. Como la primera vuelta de elecciones no arrojó a ningún ganador por mayoría, hubo que realizar una segunda vuelta, en la que participaron los dos primeros lugares, Frei y Piñera. Así, desde el aspecto ideológico, el electorado tenía que elegir entre una opción de centro-izquierda y otra de derecha. Los

¹⁰ Ya en 2005, cuando se enfrentó a su compañero de coalición Joaquín Lavín, se diferenció de este al insistir en haber votado “no” a Pinochet en el referéndum (Alcántara y Ruiz 2006: 32).

resultados oficiales¹¹ dieron 51.60% de la votación al candidato de la oposición Sebastián Piñera, y 48.39% al candidato oficialista Eduardo Frei.

En cuanto a la participación electoral, el 87% de los inscritos en el padrón asistieron a votar, con abstención del 12%. No obstante estas cifras deben colocarse en su debido contexto, pues en Chile existe un sistema de inscripción voluntaria al padrón electoral y voto obligatorio, esto significa que para tener derecho a votar debe uno tramitar su inscripción y una vez hecho esto se está obligado a votar. El problema que enfrenta Chile hoy en día es el de un envejecimiento de su padrón, pues “en los últimos años los niveles de inscripción electoral han tendido a bajar sistemáticamente” (Luna y Seligson 2007: 136).

EVALUANDO LA CULTURA POLÍTICA EN CHILE

La orientación evaluativa

La evaluación de los partidos políticos mide los juicios y opiniones que los ciudadanos tienen de estos. Para ello se han tomado en cuenta tres indicadores: aprobación de los partidos, necesidad de ellos para el funcionamiento de la democracia y su capacidad de representación. El propósito es determinar la evaluación de los partidos políticos entre la ciudadanía.

La aprobación de los partidos políticos se relaciona con su desempeño y el cumplimiento de su labor. En el caso de Chile, la aprobación de los partidos políticos es relativamente baja. Según datos del Centro de Estudios Políticos de Chile (CEP),¹² la Concertación cuenta con un 32.8% de aprobación, mientras que Alianza tiene un 26.4% (CEP 2009). De esta manera, la aprobación de su labor no es para nada positiva, lo cual puede ser tomado como un indicio de insatisfacción hacia estas instituciones entre el electorado.

El panorama cambia al preguntar acerca de la necesidad de los partidos. En este aspecto, el 59% está de acuerdo con que sin partidos políticos no hay democracia (Latinobarómetro 2009). Y si bien pudiera parecer un porcentaje aceptable, en comparación con otros países Chile ocupa el décimo lugar, muy por detrás de países como Uruguay o Venezuela, con alrededor del 80%. Así, mientras la ciudadanía es consciente de la necesidad de los partidos políticos, existe una actitud cada vez más crítica hacia ellos y, sobre todo, hacia su desempeño.

¹¹ Cifras obtenidas de Gobierno de Chile 2009.

¹² Los datos que se presentan del CEP son el promedio de cinco encuestas nacionales elaboradas entre julio de 2008 y octubre de 2009.

Por último, la percepción de la capacidad de representación de los partidos no es muy alta. En una graduación del uno al siete¹³, los chilenos califican la capacidad de representación de sus partidos en 3.61 (LAPOP 2008). En este aspecto, destaca el porcentaje obtenido en los extremos: por un lado, el 14% dice que los partidos políticos chilenos no representan “nada” a sus votantes; y por el otro, solo el 2.5% dice que los representan “mucho”.

En suma, la evaluación de los partidos en Chile se inclina hacia una evaluación negativa: su aprobación entre la población es muy baja, y aunque es mayor el porcentaje de chilenos que perciben a los partidos como necesarios para la democracia, la percepción sobre su capacidad de representación no arroja tampoco muy buenos resultados. Lo anterior se completa con la idea de Peter Siavelis sobre que los partidos chilenos carecen cada vez más de raíces profundas en la sociedad, y que este alejamiento gradual ha dado lugar a que ya no sean reconocidos por los ciudadanos como “la columna vertebral” que algún día fueron del sistema político chileno (Siavelis 2009: 11-13).

La orientación afectiva

La afectividad hacia los partidos políticos puede medirse de muchas formas. Para este análisis se han elegido tres: la confianza en los partidos políticos; la simpatía que los ciudadanos sienten hacia ellos; y, por último, el nivel de identificación de los ciudadanos con esta institución. Por lo tanto, intenta medir el grado de *desafección* que presenta la población hacia estas instituciones. Para este análisis, se toma por desafección el concepto de Mariano Torcal, quien la define como “el sentimiento subjetivo de ineficacia, cinismo y falta de confianza en el proceso político, políticos e instituciones democráticas que generan distanciamiento y alineación pero sin cuestionar la legitimidad del régimen político” (Torcal 2001: 4).

La confianza a los partidos políticos ha tenido una caída general en América Latina. Según el registro del Latinobarómetro, “la confianza en ellos disminuye a medida que pasan los años, independientemente de que la gente los considere crecientemente válidos como instituciones de la democracia” (Latinobarómetro 2009: 35). En esta dirección, la confianza en los partidos en Chile es del 3.41¹⁴ en una escala de uno a siete (LAPOP 2008). Así pues, a pesar de ubicarse en la media, el nivel de confianza

¹³ En esta escala dada por LAPOP se considera que “1” es nada y “7” es mucho.

¹⁴ Promedio de los resultados de LAPOP en 2006 y 2008.

contrasta con aquel atribuido a instituciones como los carabineros (4.98) o las fuerzas armadas (4.89). En este sentido, vale la pena revisar la propuesta de Mariano Torcal respecto a que si el pasado de cada país juega un papel importante en el momento de determinar el grado de confianza en las instituciones políticas. Pues, como señala el mismo Torcal, en países como Chile el pasado puede constituir “un legado cultural que influye negativamente en la percepción y la evaluación de las instituciones democráticas a pesar de sus actuaciones y logros” (Torcal 2009: 35).

Otra forma de *afección* tiene que ver con la simpatía que generan las instituciones entre la sociedad. En el caso de Chile, solo un 21.4% afirma simpatizar con algún partido (LAPOP 2008). De manera que el número de personas que dicen no simpatizar es muy elevado. Además, en comparación con otros países de América Latina, Chile ocupa el lugar 17 de los 20 países consultados.

Por identificación entendemos “los vínculos psicológicos que establecen los ciudadanos con los partidos” (Uriarte 2008: 247). En el caso chileno, un 47.8% de los ciudadanos dice no estar identificado con partido alguno, mientras que las coaliciones de Concertación y Alianza apenas suman un 25.2 y 16.8%, respectivamente (CEP 2009). Esto coincide con la observación de Peter Siavelis, quien anota que desde 1992, cuando la autoidentificación alcanzó un 87%, el porcentaje de chilenos que se identifica con algún partido ha disminuido de manera constante, y que además ningún partido registra en el presente un nivel de adhesión mayor al 10% (Siavelis 2009: 12).

En vista de los resultados expuestos, se puede decir que existe una desafección general hacia los partidos políticos en Chile dada la baja confianza en estas instituciones, su bajo nivel de simpatía y la creciente falta de identificación.

La identificación ideológica

La inclusión de esta variable tiene como fin complementar algunas partes del análisis dado que se ha encontrado evidencia de que, en el caso particular de Chile, la identificación ideológica explica también la inclinación hacia el voto personalista y, sobre todo, desviado.

En una primera instancia, la identificación ideológica del sistema y sus integrantes –partidos políticos y candidatos en particular– es útil para conocer de qué manera puede influir la percepción ideológica que los ciudadanos tienen de estos elementos en la dirección de su voto. En esta línea, la evidencia ha demostrado que los ciudadanos hacen una clara diferenciación ideológica entre un partido y otro. En

una escala del uno al diez, –en donde 1 es izquierda y 10, derecha–, los ciudadanos identifican a los partidos de Alianza en el 8.3, mientras que ubican a los partidos de la Concertación en el 4.2 (LAPOP 2008). Esta clara diferenciación se repite al preguntar específicamente por los candidatos: Eduardo Frei, de la Concertación, era ubicado en el centro-izquierda con 4.49; y Sebastián Piñera, candidato de Alianza, en la derecha con 8.30 (CEP 2009). Se observa entonces que existe una clara identificación de la ciudadanía entre qué partido y qué candidato pertenecen a una u otra ideología.

Al analizar esta misma cuestión sobre la autoidentificación ideológica de los ciudadanos, los resultados cambian bastante. Por un lado, el 37% dice no identificarse con ideología alguna, mientras que solo 22% se identifica de izquierda y 20% de derecha (CEP 2009). Ahora que, al tener que ubicarse en una escala del uno al diez, la mayoría tiende entonces a colocarse en el centro, con un promedio de 5.30 (CEP 2009). El Latinobarómetro también ha registrado esta tendencia hacia el centro tras resultar que el 43% de los chilenos se ubicaban a sí mismos en este espectro (Latinobarómetro 2008). De tal forma, se predice una creciente disminución de la identificación ideológica que hacen los ciudadanos de ellos mismos, tendiendo también a un mayor número de personas que se ubican a sí mismas como de “centro”.

CONCLUSIONES: ¿POR QUÉ SE VOTÓ ASÍ?

A partir del análisis anterior se sostiene que existe en Chile una evaluación negativa de los partidos políticos y un creciente desapego hacia ellos. La incidencia de ambos elementos en el comportamiento político de los individuos descansa en que al existir un vínculo cada vez más débil entre los partidos políticos y la sociedad esta última deja de tomarlos en cuenta al momento de emitir su voto, y valora más otros aspectos como la personalidad de los candidatos. De esta manera, se puede hablar de una disminución del voto partidista a favor de un voto personalista en razón de la baja identificación que tienen los individuos con sus propios partidos políticos. La existencia de este voto personalista se refleja en la alta transferencia de votos a favor de Piñera que existió entre la primera y la segunda vuelta. La candidatura de Frei no consiguió satisfacer a muchos dentro de la misma Concertación, lo cual ocasionó que este no lograra captar los votos que Enríquez-Ominami había obtenido en la primera vuelta.

Se suma, además, la incidencia del factor ideológico en el voto de las personas. Al respecto, se pudo ver que la identificación ideológica que hacen los ciudadanos

de los partidos y los candidatos varía mucho de la que hacen de ellos mismos. En el caso específico de las elecciones, se dio que mientras los ciudadanos se ubicaban en su mayoría al centro e identificaban claramente las posiciones ideológicas de Frei (centro-izquierda) y de Piñera (derecha), decidieron votar por este último a pesar de no coincidir ideológicamente con él. En el mismo sentido, se cree que la falta de identificación ideológica, aunado al distanciamiento con los partidos políticos, da lugar a votantes más volátiles. Dicha volatilidad tiene por consecuencia la disminución del voto ideológico a favor de un voto desviado.

Así pues, se puede decir que en las elecciones de 2010 los votantes chilenos otorgaron una menor importancia a los partidos políticos como elementos centrales de la competencia electoral. Este hecho, aunado a la volatilidad ideológica que presentaron los individuos, dio lugar a que se tuviera un mayor índice de voto personalista y desviado. Por tanto, se sugiere aquí que una posible explicación a la dirección del voto chileno puede deberse en gran medida al firme rechazo de los chilenos hacia sus partidos políticos y a su creciente volatilidad.

Finalmente, surge la interrogante acerca de la dirección que puede tomar el voto chileno a partir de la elección de 2010. Pues, de seguirse la tendencia de alejamiento entre los partidos políticos y la sociedad, se pudiera favorecer en el futuro próximo el surgimiento de candidatos cada vez más personalistas, apoyados a su vez por un electorado más apartidista y más volátil. En última instancia, la candidatura independiente de Enriquez-Ominami y su rápido ascenso en los sondeos puede ser vista como un reflejo de este hartazgo a los partidos y la búsqueda de otras opciones que rompan los esquemas tradicionales del partido y la ideología.

REFERENCIAS

- ALCÁNTARA SÁEZ, Manuel; y Ruiz Rodríguez, Leticia. 2006. "Instituciones y elecciones en Chile". En *Chile: política y modernización*. De Alcántara Sáez, Manuel; y Ruiz Rodríguez, Leticia (eds.). Barcelona: Ediciones Bellaterra. P. 13-36.
- ALMOND, Gabriel; y Verba, Sidney. 1989. *The Civic Culture*. Newbury Park: Sage Publications.
- _____. 1980. *The Civic Culture Revisited: An analytical study*. Boston: Little Brown.
- ANDUIZA, Eva; y Bosch, Agustí. 2004. *Comportamiento político y electoral*. Barcelona: Ariel.

- ANGELL, Allan. 2006. “¿Hechos o percepciones ciudadanas? Una paradoja en la evaluación de la democracia chilena”. En *Chile: política y modernización democrática. Op. cit.* Pp. 165-198.
- BOBES, Velia Cecilia. 2000. “Cultura política”. En *Léxico de la política*. De Baca Olamendi, Laura *et al.* México: FLACSO/FCE. Pp. 125-128.
- CEP (Centro de Estudios Públicos de Chile). 2009. *Estudio nacional de opinión pública*. N.º 61. Octubre. Santiago de Chile.
- GARRETÓN, Manuel Antonio. 2004. “De la transición a los problemas de calidad en la democracia chilena”. En *Política*. N.º 42. Otoño. Santiago de Chile: Universidad de Chile. Pp. 179-206.
- Gobierno de Chile. 2009. *Elecciones presidenciales y parlamentarias 2009*. Sitio oficial del Gobierno de Chile. Disponible en: [<http://www.elecciones.gov.cl/Sitio2009/index.html>]. Consultado el 24 de marzo de 2010.
- HERAS GÓMEZ, Leticia. 2002. “Cultura política: El estado del arte contemporáneo”. En *Convergencia*. N.º 30. Septiembre-diciembre. México: Universidad Autónoma del Estado de México. Pp. 275-291.
- HUNNEUS, Carlos; y Maldonado, Luis. 2003. “Demócratas y nostálgicos del antiguo régimen. Los apoyos a la democracia en Chile”. En *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. N.º 103. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas: 9-49.
- LAPOP (Latin American Public Opinion Project). 2008. *Presentación de resultados de la encuesta lapop 2008*. Vanderbilt University/Pontificia Universidad Católica de Chile. Disponible en : [<http://www.vanderbilt.edu/lapop/chile/2008-cultura-politica-powerpoint.ppt>]. Consultado el 24 de marzo de 2010.
- Latinobarómetro. 2009. *Informe 2009*. Santiago de Chile.
- _____. 2008. *Informe 2008*. Santiago de Chile.
- LUNA, Juan Pablo; y Seligson, Mitchell. 2007. “Cultura política de la democracia en Chile: 2006”. En *Barómetro de las Américas*. LAPOP-Barómetro de las Américas. Disponible en: [<http://www.vanderbilt.edu/lapop/chile/2006-culturapolitica.pdf>]. Consultado el 14 de marzo de 2010.
- MAINWARING, Scott; y Torcal, Mariano, 2005. “La institucionalización de los sistemas de partidos y la teoría de sistemas partidista después de la tercera ola democratizadora”. En *América Latina Hoy*. Vol. 41. Diciembre. Salamanca: Universidad de Salamanca. Pp. 141-173.
- MORALES QUIROGA, Mauricio. 2008. “Evaluando la confianza institucional en Chile. Una mirada desde los resultados LAPOP”. En *Revista de Ciencia Política*. Vol. 28. N.º 3. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile. Pp. 161-186.

- PACHANO, Simon. 2010. "En Chile, la concertación sufre de un agotamiento". Entrevista en sitio virtual de *El Comercio*. 11 de marzo de 2010. Disponible en: [http://www.elcomercio.com/noticiaEC.asp?id_noticia=339490&id_seccion=5]. Consultado el 24 de marzo de 2010.
- PESCHARD, Jaqueline. 2000. "Comportamiento electoral". En *Léxico de la política*. *Op. cit.* Pp. 68-75.
- _____. 1994. *La cultura política democrática*. México: Instituto Federal Electoral.
- SIAVELIS, Peter. 2009. "Enclaves de la transición y democracia chilena". En *Revista de Ciencia Política*. Vol. 29. N.º 1. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile. Pp. 3-21.
- SULMONT HAAK, David. 2010. *Los enfoques teóricos sobre el comportamiento electoral*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Disponible en: [www.pucp.edu.pe/escueladegobierno/.../articulo2_david_sulmont_22.pdf]. Consultado el 15 de diciembre de 2010.
- TORCAL, Mariano. 2001. "La desafección en las nuevas democracias del sur de Europa y Latinoamérica". En *Revista Instituciones y Desarrollo*. N.ºs 8 y 9. Barcelona: Institut Internacional de Governabilitat de Catalunya. Pp. 229-280.
- URIARTE, Edurne. 2008. *Introducción a la ciencia política. La política en las sociedades democráticas*. Madrid: Tecnos. 1.ª edición 2002.